

Los Incorpóreos 2

LA REINA AZUL

ANA RIPOLL

Las Tres Edades Ediciones Siruela

–Soy un incorpóreo. Un fantasma.

Abrí los ojos y le miré.

–¿Qué has dicho?

–Que no pertenezco a tu mundo. Soy un espectro. No puedo morir, porque, en parte, ya estoy muerto. En otras culturas nos conocían como sombras. No-muertos. Entro y salgo de tu mundo, a veces contra mi voluntad porque tengo que regresar a mi mundo. Ésta es la respuesta a todas las preguntas que tienes en la cabeza.

Los Incorpóreos 1: El mundo de las sombras

Prefacio

Hace frío esta noche. La oscuridad es más espesa de lo habitual. Me pregunto si habrá por aquí algún incorpóreo, agazapado en la penumbra, observándonos, espiando, una de esas sombras que se alimentan de seres humanos.

Tengo mucho frío.

El banco de madera sobre el que estoy sentada cruje al menor movimiento. El sonido rebota contra las paredes del panteón en el que me encuentro. Estamos a oscuras. Froto continuamente mis brazos, un acto reflejo en busca de calor, porque estoy congelándome. No estoy sola; me acompañan unas brujas que hablan entre susurros. Brujas de las que practican rituales de magia negra, una clase de seres humanos que los incorpóreos desprecian con mayor ahínco porque dicen que lo único que quieren conseguir con sus artes oscuras es lo que a ellos se les ha regalado: atravesar la frontera y cruzar al otro lado, al mundo de las sombras.

Estamos esperando que los vigilantes del cementerio terminen su ronda de vigilancia. Para ellas esto es

habitual, una rutina en la que se sienten cómodas. Para mí es la primera vez.

Pese a que se han mostrado amables conmigo desde el principio, sé que no son de fiar. Orlando me ha avisado: las brujas son traicioneras. Pero aquí estoy, con ellas. En cuanto la que está sentada frente a mí dé la señal, aunque no sé cómo la veré, saldremos del panteón para dirigirnos a un lugar más peligroso. Necesito respuestas, las que Gabriel no quiere darme. No sé si las encontraré allí donde voy, pero al menos tengo que intentarlo. No puedo quedarme sentada, esperando. Hay demasiado en juego y necesito saber qué papel estoy representando.

Y además voy a conocer a un vampiro.

¡Un vampiro! Uno de los últimos de su especie. Eso es lo que me ha ofrecido una de las brujas esta tarde cuando me llamó. Sé que vienen aquí para comerciar con ella. Ella, no él. Se llama Constanza y es más vieja que la memoria. No puedo imaginar qué le van a comprar, qué puede tener un vampiro de interés para que las brujas arriesguen su vida por ello, ni con qué van a pagarle; pero los vampiros se alimentan de sangre humana, y nadie me ha quitado la razón en este punto. Como la sangre de las brujas... o la mía propia.

Me pregunto una cosa: si Constanza bebiera mi sangre hasta desangrarme, ¿podría realizar una última migración que me pusiera a salvo o estaría todo perdido? Por lo que sé, soy humana, como las brujas y, por lo tanto, mortal. No soy como Gabriel ni los de su especie. Recuerdo aquel corte en la muñeca de Gabriel con el cristal de una copa rota. Ellos no pueden desangrarse hasta morir porque, en cierta forma, están muertos.

Yo sí puedo desangrarme. Si un vampiro quebrase mi frágil yugular y bebiera la sangre que saldría a borbotones, moriría. Como lo hacen miles de seres humanos al día, cada minuto, en todos los rincones del planeta, de cientos de maneras distintas, justa o injustamente, lenta o rápidamente, solos o acompañados, por causas naturales o por una maldita carambola de circunstancias cuyo efecto último es devastador, porque sí o porque no.

Pero esta noche tengo otra duda, ligera como los pies descalzos de un niño que corretea por detrás de mi razonamiento, atisbando el momento de salir a la luz con todas sus consecuencias, como si jugara al gato y al ratón conmigo. Una duda terrible...

¿Y si es mi sangre con lo que van a pagar a Constanza?

¿Y si soy yo la moneda de cambio?

¿Voy a morir esta noche, esta vez sin retorno?

GRANADA